

II. Las “controversias” y los consensos multiculturalistas

A finales de octubre de 2005, los suburbios parisinos (*banlieues*) se volvieron el escenario de violentos enfrentamientos entre jóvenes y las fuerzas del orden. La llamada “crisis de los suburbios” inicia en Clichy-sous-Bois (Seine-Saint Denis), una pequeña comunidad ubicada a apenas 20 minutos en tren de la capital francesa. En esta zona de grises edificios, marcada por el desempleo, la diversidad cultural y la exclusión,¹² dos jóvenes de padres inmigrantes mueren electrocutados al tratar de huir de la policía escondiéndose

dentro de un transformador de luz.¹³ Este hecho desata una auténtica crisis política: en menos de un mes hay disturbios en cerca de 300 comunidades del país y 9,193 automóviles son incendiados. Aunque los participantes de estas manifestaciones no logran formar un movimiento social, articulándose en torno a un proyecto político específico, la crisis pone en evidencia el malestar de un porcentaje de la población que con sus actos cuestiona la eficacia del paradigma republicano francés como modelo de integración política e igualdad. El discurso entre los defensores y retractores del multiculturalismo no se hace esperar: para algunos, la desigualdad social hace imposible que se cumpla el ideal universalista del ejercicio pleno de derechos de ciudadanía. En contraste, los críticos del “diferencialismo” señalan que la existencia de este repliegue cultural dentro de un mismo territorio, no es más que la

¹² Según cifras del Instituto Nacional de Estadística y de Estudios Económicos de Francia (INSEE), en Clichy-sous-Bois, 32.8% de la población mayor a los 15 años no cuenta con educación básica, lo cual, sin duda, es bastante inferior a las cifras de países en vías de desarrollo; sin embargo, la media en Francia es de 20.7%. Lo mismo sucede con otros indicadores: 23.5% de la población de Clichy-sous-Bois está desempleado en comparación con el 12.8% de la media nacional (32% son personas de entre 15-24 años), el gasto público *per cápita* es de 617 euros, mientras que la media francesa es de 992 euros. Se calcula que 2,700 de las habitaciones están sobrepobladas y que no se cuenta con suficiente apoyo del Estado para brindar una vivienda digna (www.insee.fr).

¹³ Se trata de Ziad Benna, de 17 años, y de Bouna Traeré, de 15 años. Ver Jacky Durand y Fabrice Tassel, “Nuit d’émeute a Clichy-sous-Bois”, en *Libération*, Francia, 28 de octubre de 2005, p. 3.

reacción de segmentos de la población que rechazan conscientemente la integración y que, por lo tanto, representan una amenaza para la unidad nacional.

En otras latitudes del mundo, argumentos similares son esgrimidos cuando se trata de la afirmación de identidades o de diferencias culturales en el espacio público. Estos debates no han terminado de responder al desafío que la diversidad cultural presenta para los regímenes democráticos. Aun así, el choque entre los movimientos pro derechos específicos y las reacciones en contra han transitado por varias etapas. En cada una de éstas prevalece la tensión entre igualdad y libertad y entre justicia e igualdad, valores que constituyen los pilares de fondo de la democracia. ¿Hasta dónde se pueden reconocer derechos específicos sin poner en riesgo la unidad del Estado?, ¿qué derechos contribuyen a la construcción del ideal de justicia y democracia?¹⁴

En la primera etapa, que retoma un debate clásico de la filosofía política, se

distinguen dos orientaciones aparentemente irreconciliables: la de los “liberales” y los “comunitaristas”¹⁵ (o “individualistas” y “colectivistas”). El debate gira en torno a la prioridad de la libertad individual sobre la comunidad. Para los liberales, el individuo debe ir por encima de las decisiones colectivas. La autonomía individual no permite que sean reconocidos derechos de grupo, ya que se puede atentar contra la libertad de los individuos. En contraparte, los “comunitaristas” consideran que el interés de la colectividad no puede ser reducido a los intereses de sus miembros individuales, ya que éstos se encuentran inmersos en una red de relaciones. Privilegiar la autonomía individual es nocivo para la comunidad puesto que ésta mantiene un equilibrio entre la elección individual y la protección de la forma de vida en común que permite que la comunidad continúe subsistiendo.

¹⁴ En un sentido limitado, los comunitaristas defienden la existencia de comunidades cerradas que prohíben el acceso a la “otredad” y al universalismo. Son, según Steven Lukes, “antiliberales duros cuya finalidad es claramente la de crear y proteger comunidades fundadas sobre culturas de reconocimiento claramente definidas” (Steven Lukes, “L’arrachement social et ses mythes: sur la querelle entre libéralisme et communautarisme”, en *Le Banquet*, núm. 7, segundo semestre, París, 1995, p. 180).

La segunda etapa se centra en el papel de la cultura y la identidad dentro de las democracias liberales. El debate se presenta entre aquellos que defienden a los grupos que siendo culturalmente diferenciados se adhieren al consenso liberal-democrático, pero que discrepan sobre la interpretación dominante de estos principios, concretamente: el papel del lenguaje, la nacionalidad y las identidades étnicas en el seno de las sociedades y las instituciones.¹⁶ Aunque subsiste la tensión entre libertad y cultura, en esta etapa se logran delimitar las reivindicaciones de los grupos etnoculturales tratando de establecer puentes entre una y otra postura, en defensa de la unidad del Estado y la democracia. Algunos autores como Charles Taylor, se inclinan por defender la compatibilidad que existe entre el “reconocimiento” de la identidad y la cultura con los principios de libertad y la igualdad dentro de las sociedades modernas.¹⁷

La tercera etapa surge con fuerza en el mundo anglosajón de los años sesenta, particularmente en Estados Unidos y Canadá (Québec), pero vuelve a retomarse bajo otro contexto en la década de 1990 con la aparición del movimiento indígena en América Latina.

Esta etapa, que sin duda retoma aspectos de la anterior, hace énfasis en la reivindicación de derechos de las minorías o de grupos específicos, frente a los procesos de construcción del Estado-nación (*nation-building*). En este sentido, se cuestiona la neutralidad del Estado y la aplicación de políticas de integración y asimilación frente a los grupos culturalmente diferenciados inmersos en una “cultura societaria”¹⁸ que tiende a ser pluralista. En teoría, una cultura societaria implica la interiorización de valores comunes con instituciones sociales incluyentes. Sin embargo, la principal crítica es que dichos procesos de construcción implican la imposición de una cultura dominante sobre otra, con lo cual el Estado no puede ser neutral sino que privilegia la cultura de la mayoría.

¹⁶ Donna Lee Van Cott, “Democratization and Constitutional Transformation”, en *The Friendly Liquidation of the Past. The Politics of Diversity in Latin America*, University of Pittsburgh Press, Pitt Latin American Series, Pittsburgh, 2000, pp. 1-35.

¹⁷ Charles Taylor, *Multiculturalism and the Politics of Recognition*, Princeton University Press, Princeton, 1992.

¹⁸ Will Kymlicka, “Derechos de las minorías y globalización”..., *op. cit.*, p. 33.

En contraposición a estos principios, existen quienes pretenden defender una “cultura etnicizada”. Esta última toma la reproducción de una cultura y de una identidad particular como uno de sus principales objetivos. En esta etapa no sólo existe un antagonismo entre uno y otro esquema, ya que inevitablemente se puede privilegiar a una cultura en detrimento de otra, sino que además las demandas de reconocimiento por parte de los grupos culturalmente diferenciados son elaboradas desde la perspectiva de grupos subordinados política y económicamente, por lo que son vinculadas a exigencias sociales.

En este sentido también se ubica la querebella reavivada a raíz de los flujos migratorios en Europa, la cual ha sido abanderada entre “republicanos” y “diferencialistas”. Tanto el modelo republicano estadounidense como el modelo “jacobino” francés se basan en un ideal de integración a través de la asimilación cultural (*melting pot*) de todos los individuos. Sin embargo, la desigualdad pone en entredicho la eficacia de ese ideal de construcción.

En Francia, los republicanos defienden la existencia de un espacio público nacional, de naturaleza contractualista, en el cual debe existir una clara separación entre lo público y lo privado. Desde esta perspectiva, los particularismos no quedan prohibidos sino simplemente confinados al espacio privado.¹⁹ Siendo la República una e indivisible, en el espacio público no debe haber más que ciudadanos libres e iguales puesto que el espacio de la ciudadanía es un espacio neutro. En contraparte, los “diferencialistas” aseguran que el Estado-nación no ha logrado brindar ese espacio de ciudadanía a todos, y que por lo mismo, sólo un tratamiento apolítico de las demandas de reconocimiento de las minorías o grupos culturales puede garantizar una auténtica igualdad ciudadana.²⁰

¹⁹ Un ejemplo de la defensa de la laicidad en Francia es la utilización del velo por parte de las alumnas que practican la religión islámica. Alain Touraine asegura que actualmente la laicidad debe reformularse no como una separación completa entre vida pública y privada, sino como un espacio de interculturalidad, un “diálogo entre culturas”. Alain Touraine, “Les conditions de la communication interculturelle”, en Michel Wieviorka (coord.), *Une société fragmentée? Le multiculturalisme en débat*, La Découverte, Col. Essais, Paris, 1996, p. 315.

²⁰ Charles Taylor, Michael Walzer, Michael Sandel y Alasdair Macintyre son identificados por la mayoría de los comentaristas como los principales críticos “comunitaristas” del liberalismo. Sin embargo, ninguno

Estos debates pueden llevar a conclusiones diversas, sin embargo, algunos consensos pueden ser señalados. En primer lugar, se trata de la aceptación casi generalizada de que el derecho a salvaguardar una cultura, o bien que el derecho a la sobrevivencia o protección de una pluralidad de culturas, constituye un derecho fundamental.²¹

En segundo lugar, que sin importar el sexo, origen o preferencia sexual, todos los seres humanos tienen derecho a un trato justo, y que por lo mismo, los miembros de un grupo culturalmente diferenciado, ya sea en lo individual o en lo colectivo, deben ser defendidos ante el estereotipo, la discriminación o el abuso.

En tercer lugar, que los regímenes democráticos que se basan en la idea republicana de la unidad política y el tratamiento

homogéneo no es adecuada en contextos plurinacionales y globalizados, o dicho de otra manera, no se puede tratar igual a los desiguales y no puede haber equidad si no hay igualdad de condiciones, lo cual requiere hacer excepciones.²² La regulación de ciertos derechos culturales, incluidos los derechos de las minorías nacionales y su reconocimiento constitucional, no debería presentar obstáculos para su reconocimiento.

Visto así, el multiculturalismo deja de ser satanizado. Sin embargo, las resistencias obligan a distinguir entre un tipo de “multiculturalismo positivo”,²³ en el cual las demandas de los grupos vulnerables son compatibles con los principios liberales porque permiten reforzar los principios de libertad e igualdad, y un “multiculturalismo negativo” o radical, que implica la

de ellos se identifica con algún movimiento comunitarista. En todo caso, los comunitaristas en un sentido amplio, son aquellos que se interesan en la preservación de las culturas elaborando una crítica a las prácticas y teorías liberales. Justine Lacroix, *Communautarisme versus libéralisme. Quel modèle d'intégration politique?*, Col. Philosophie et Société, Université de Bruxelles, Bélgica, 2003, pp. 59-60.

²¹ John Rex, “The Concept of a Multi-Cultural Society”, en *Race and Ethnicity*, Open University Press, Inglaterra, 1992, pp. 119-120.

²² Ferran Requejo (coord.), *Democracia y pluralismo nacional*, op. cit., p. 15; René Otayek, *Identité et démocratie dans un monde global*, Presses de Sciences Po, París, 2000; Will Kymlicka, “La evolución del debate sobre los derechos de las minorías”, en *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*, Paidós Ibérica, Col. Estado y Sociedad, Barcelona, 2003.

²³ Esta cuestión constituye para Kymlicka parte de la “segunda etapa” del debate sobre el multiculturalismo, en la cual se discrepa sobre la interpretación de los derechos liberal-democráticos en sociedades multiétnicas.

restricción de los derechos individuales y la exacerbación de los comunitarismos.²⁴

Esta separación, fácil de realizar en la teoría, pero difícil de distinguir en la práctica, ha sido planteada de distintas maneras: René Otayek, cuyas reflexiones se basan en una larga experiencia de estudio de campo en las sociedades africanas, diferencia el “identitarismo negativo”, volcado sobre la defensa de la alteridad de grupo, y la reivindicación cultural “positiva”, respetuosa del lazo social y nacional. En el mismo sentido, Amitai Etzioni ve en la idea comunitaria un núcleo de interrelaciones solidarias, pero no como un repliegue grupal de unos contra otros, y propone la “sociedad comunitaria” para diseñar una propuesta en la que se articulan valores comunitarios sin perder de vista la sociedad global, para así desarrollarlos en la sociedad. En su propuesta “moderada”, como él mismo la llama, Etzioni advierte el peligro de las llamadas “políticas de la identidad” que refuerzan la idea de las diferencias grupales como totalizadoras.²⁵

²⁴ Se entiende por comunitarismo la dominación de la voluntad individual por los valores de la comunidad.

²⁵ Amitai Etzioni, “Pluralismo en la unidad”, en *La nueva regla de oro. Comunidad y moralidad en una sociedad democrática*, Paidós, Barcelona, 1999, pp. 225-253.

Giovanni Sartori, uno de los más duros críticos del multiculturalismo, acepta el pluralismo basado en la tolerancia, el consenso y la comunidad buscando “vivir juntos en la diferencia”, mientras que percibe al multiculturalismo como una amenaza. Para el filósofo italiano, éste es una maquinaria de la diversidad (*diversity machine*) que constituye un proyecto ideológico destinado a producir y exacerbar las diferencias.²⁶

En esta dicotomía, Michel Wieviorka pone de relieve la relación entre identidades culturales y justicia social. Así, el autor distingue el multiculturalismo “integrado”, es decir, en una sola acción hay demandas de reconocimiento y lucha política contra las desigualdades sociales, y el multiculturalismo “fragmentado”, que separa el tratamiento de las diferencias culturales de las desigualdades sociales. La primera categoría aspira a reforzar a la nación, poniendo el reconocimiento de la diversidad cultural y el combate contra la injusticia social al servicio de la unidad nacional. En la segunda, se encuentran las políticas compensatorias expresadas

²⁶ Giovanni Sartori, *Pluralisme, multiculturalisme et étrangers. Essai sur la société multiethnique*, Ed. Des Syrtes, Paris, 2003, pp. 27, 61.

a través de medidas como la ya citada discriminación positiva.

Aun así, Wieviorka asegura que el multiculturalismo se ha manifestado a través de políticas aplicadas “desde arriba”, las cuales corren el riesgo de fijar las diferencias culturales reconociendo pero a la vez prohibiendo eventuales procesos de descomposición y recomposición. Es en este sentido que el tema de la identidad parece en sí problemático, puesto que en primera instancia se trata de un concepto dinámico que se va construyendo y reconstruyendo en el tiempo, y en segundo lugar, todos los individuos pueden tener adscripciones a varias identidades a la vez (social, étnica, política, cultural, etc.).²⁷

Por lo tanto, Wieviorka propone a la interculturalidad como proceso de reconocimiento mutuo entre culturas—ya sean minoritarias o dominadas— en el seno de una sociedad. Para el autor, la intercultural-

alidad plantea el intercambio y el respeto mutuo entre distintos grupos culturalmente diferenciados.

Es claro que los dilemas planteados en las distintas etapas del debate sobre el multiculturalismo no se han resuelto, y sin embargo una cuarta etapa parece dibujarse. Si efectivamente, como dice Wieviorka, las políticas multiculturales han sido aplicadas “desde arriba”, actualmente la retórica multicultural ha sido también apropiada “desde abajo” y ha sido motivo de luchas y movilizaciones por parte de grupos que no sólo buscan un reconocimiento constitucional sino también el ejercicio de derechos políticos basados en la diferencia.

²⁷ En este sentido, Amartya Sen recuerda que debe de haber una distinción entre el multiculturalismo y el monoculturalismo plural. A partir del modelo de integración de inmigrantes en Gran Bretaña, el autor alerta sobre los problemas de un multiculturalismo que reduzca la capacidad de los individuos a escoger la adscripción cultural que más les convenga. Amartya Sen, *Identity and Violence. The Illusion of Destiny*, Norton & Company, Nueva York, 2006.